

Demetrio Boersner

El régimen venezolano y sus protectores foráneos

Durante los meses de octubre a noviembre de 2002, el gobierno del presidente Hugo Chávez Frías efectuó una política de creciente provocación y represión contra la oposición democrática. Grupos armados oficialistas cometieron actos de violencia contra concentraciones pacíficas de la oposición así como también contra las sedes de instituciones públicas o privadas que de algún modo desagradaran al movimiento populista seudo "revolucionario" presidido por quien fuera el jefe del fracasado golpe militar de 1992.

Por su parte, la oposición democrática venezolana –que representa al 75 por ciento de la población y está integrada por gente de todas las clases y todas las razas, que agrupa en un solo frente a todas las tendencias ideológicas antidictatoriales desde el conservatismo neoliberal hasta el trotskismo y el maoísmo pasando por la democracia cristiana y la socialdemocracia, y que une a partidos políticos con el sindicalismo, el empresariado y la sociedad civil plasmada en múltiples ONG– no ha cesado de manifestar su indeclinable voluntad de que Chávez salga del poder a breve plazo a través de algún procedimiento electoral o consulta popular. El 10 de octubre, una marcha gigantesca congregó en la capital del país a más de un millón de personas: cifra casi sin precedentes a nivel mundial. El 4 de noviembre, otra marcha de varios centenares de miles acompañó la entrega al Consejo Nacional Electoral de más de dos millones de firmas en pro de la celebración de un referendo sobre la conveniencia de una renuncia voluntaria del señor Chávez a la presidencia de la República. La respuesta oficial ha consistido en agresiones de bandas armadas y en una operación militar anticonstitucional para liquidar la autonomía de la policía metropolitana de Caracas.

Mientras esto ocurre, el doctor César Gaviria, ex presidente de Colombia y actual secretario general de la OEA, actuó en Venezuela en nombre de esa organización regional y con el apoyo del PNUD y del Centro Carter para promover y orientar un proceso de conversaciones entre el gobierno y la oposición. El saldo de su actuación ha sido positivo para la causa de la democracia, debido a la eficacia de la Coordinadora Democrática que agrupa y representa a la oposición democrática entera y que logró ser reconocida como vocera única de la misma por la instancia internacional. Ese reconocimiento, que el doctor Gaviria y sus acompañantes hicieron con encomiable imparcialidad, constituyó una derrota para el trío oficialista Hugo Chávez-José Vicente Rangel-Roy Chaderton, quienes inicialmente invitaron al secretario general de la OEA con la esperanza de montar un "show" de "diálogo" entre el régimen y una oposición dispersa. Un segundo éxito de la Coordinadora Democrática fue el de lograr que en vez de una vaga "mesa de diálogo" se creara una mesa de negociaciones y acuerdos con una agenda en la que ocupara un lugar privilegiado el tema de la búsqueda de una salida electoral a la crisis de ingobernabilidad que enfrenta el país.

No obstante la evidencia de que Venezuela se encuentra en aguda crisis por culpa de un gobierno autoritario y agresivo, violador de la Constitución que él mismo inspiró y promulgó, la primera potencia del mundo –Estados Unidos de América– ha extendido su ala protectora sobre el teniente coronel Hugo Chávez. Medio año atrás, el Departamento de Estado y el Pentágono se preocupaban por el lenguaje "revolucionario" del caudillo venezolano, por el hecho de que está rodeado de viejos y jóvenes estalinistas y castristas, por su amistad con Fidel Castro, con Sadam Husein y con Muamar Gadafi, por su colusión con la guerrilla colombiana, por sus rechazos y sus ofensas a la presencia norteamericana en América Latina, y por su jactanciosa pretensión de encabezar la lucha universal por un nuevo orden multi-

polar. Pero el tremendo susto que el caudillo venezolano sufrió durante la crisis cívico-militar del 11 al 13 de abril de 2002 le hizo perder las ganas de seguir jugando a la "revolución" y lo llevó a adoptar, como el Perón de la época post-Evita, un populismo verbal inocuo que ya no hace sino disfrazar una conducta profundamente reaccionaria y sumisa ante el imperio.

En el transcurso de los últimos tres meses, Chávez ha prometido a George W. Bush: 1) Suspender sus relaciones y contactos con Sadam y otros jefes de "estados bribones" o miembros de "ejes del mal" (Fidel no cuenta, porque ya Estados Unidos no lo percibe como amenaza). 2) Poner fin a cualquier ayuda a la guerrilla colombiana. 3) Colaborar con el esfuerzo hemisférico de lucha contra el narcotráfico y el terrorismo, incluida la autorización de sobrevuelos del territorio venezolano. 4) Garantizar el suministro confiable de petróleo venezolano al mercado norteamericano, sobre todo mientras dure la crisis de Irak.

Según fuente oficial estadounidense en Caracas, "el presidente Bush desea que en Venezuela no ocurra ningún conflicto traumático hasta que haya terminado la crisis con Irak". El gobernante norteamericano, para quien los intereses petroleros merecen particular consideración, ha decidido extender por ahora una protección condicionada al caudillo venezolano, a menos que éste persista en socavar sus propias bases.

Los países europeos, por su parte, miran con preocupación la crisis venezolana, pero al mismo tiempo, por interés material, tienden a mostrarse tolerantes hacia el régimen y sus desmanes. Según fuentes diplomáticas en Caracas, los negocios comerciales y financieros europeos con Venezuela "jamás han sido tan buenos como ahora". Para algunos países del viejo mundo, el valor de sus exportaciones al mercado venezolano se ha triplicado en los pasados tres años. Ello se debe sobre todo al hecho de que el chavismo combate al empresariado industrial nacional, que le resulta políticamente incómodo, y da sistemática preferencia a empresas

foráneas en licitaciones o negociaciones competitivas.

Por último, los países latinoamericanos otorgan a Chávez un auxilio tácito al oponerse a que la Carta Democrática Americana sea invocada para censurar la conducta antidemocrática del mandatario venezolano en su ejercicio del poder. La mayoría de los presidentes de la región se encuentran enfrentados a fuertes protestas populares por su poca eficacia en enfrentar el problema de la pobreza. Se defienden invocando su legitimidad democrática de origen, y temen que al aplicar a su colega venezolano el principio de la legitimidad de ejercicio puedan dar argumentos a sus propios adversarios internos.

Las Américas: ¿Hacia un equilibrio?

Durante el pasado mes, se efectuaron elecciones en dos países importantes del hemisferio occidental. En la predominante potencia norteamericana, las elecciones parlamentarias y regionales de mitad del período presidencial fortalecieron al gobernante nacional y su equipo ejecutivo. En la primera "potencia regional" de América del Sur, el pueblo eligió a un presidente vigoroso y renovador, con un proyecto de autonomismo nacional y latinoamericano. Previsiblemente, los dos mandatarios buscarán el camino de una convivencia constructiva.

Después de su elección hace dos años, George W. Bush había quedado como uno de los presidentes más cuestionados y menospreciados en la historia de los Estados Unidos. No sólo en la votación popular a nivel nacional, su contrincante lo había superado grandemente, sino que incluso en el escrutinio final repetido en el estado de Florida quedó flotando una duda con respecto al resultado auténtico. Por otra parte, en la opinión pública existían versiones negativas acerca de la inteligencia y capacidad del nuevo mandatario. Pero esa imagen negativa se revertió radicalmente a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Montado sobre la ola de fervor patriótico que se levantó en todo el país y que aún

mantiene su fuerza, el presidente Bush pudo adquirir una reputación nueva, de gobernante enérgico y valiente, confiable defensor de su nación en momentos aciagos. No sólo su actitud dura contra el terrorismo y el régimen iraquí, sino también su manejo de los escándalos corporativos, y su decisión de romper la huelga de los estibadores de la costa oeste mediante la aplicación de la ley antisindical Taft-Hartley de 1947, le sirvieron para acrecentar la fuerza electoral de los conservadores y sectores de centro-derecha que lo respaldan.

En el otro país grande –Brasil–, el líder laborista Luiz Inácio Lula da Silva triunfó en la segunda vuelta electoral con 61 por ciento de los votos y en el próximo mes de enero iniciará su ejercicio presidencial. Lula se encuentra presionado por dos corrientes opuestas: la de los sectores radicales de su movimiento, que lo instan a tratar de aproximarse a las exigencias máximas de su doctrina de redención social, y la de las fuerzas conservadoras que se esfuerzan por alejarlo de dicha doctrina. Por sus declaraciones emitidas hasta ahora, es probable que Lula sabrá enrumbar su acción en un sentido intermedio, de lealtad fundamental a la causa de los oprimidos y excluidos, pero al mismo tiempo de moderación y prudencia en la aplicación de las reformas. Un terreno en el cual su posición es clara es el de la política económica exterior: bajo el mando de Lula, Brasil mantendrá y acaso reforzará la política de desarrollo nacional independiente que, antes de él, dirigieran presidentes tales como Juscelino Kubitschek y el actual mandatario saliente, Fernando Henrique Cardoso. Sin desconocer el fenómeno objetivo de la globalización, tratará de defender la autonomía relativa del Brasil dentro de ella. En ese mismo orden de ideas, influirá sobre el resto de América Latina en el sentido de que, en las negociaciones sobre el Área de Libre Comercio de las Américas, procure salvaguardar los intereses de la región.

De esta manera, eventualmente podría surgir un equilibrio ampliamente beneficioso entre los "gran-

des" de las dos Américas. Lula ya ha sido invitado por George W. Bush a la Casa Blanca, y ello constituye, sin duda, un signo positivo.

Resolución de la ONU sobre Irak

Apartándose del rumbo excesivamente unilateralista que la opinión mundial criticaba, el presidente Bush y su gobierno han estado negociando durante dos meses con los demás miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para lograr una resolución que significara la multilateralización de las medidas de presión y de sanciones contra el régimen de Irak. A pesar de todas las amenazas del presidente norteamericano, de recurrir a una acción militar unilateral, Francia, Rusia y China – miembros permanentes del Consejo junto con Norteamérica y Gran Bretaña– han venido insistiendo en que a Sadam Husein debe ofrecérsele una última oportunidad para cumplir con las exigencias internacionales de inspección armamentista, y que en caso de incumplimiento la respuesta militar no deberá ser "automática" sino precedida de una nueva y definitiva votación del máximo órgano de seguridad mundial.

Aunque esa posición de los franceses, rusos, y chinos, en defensa de la estricta legalidad internacional y de rechazo al unilateralismo es jurídica y políticamente laudable, no tan santos son los intereses que subyacen a la táctica dilatoria que esos países han adoptado frente a las impacientes exigencias norteamericanas. Una vez más, el factor petrolero domina el escenario. No sólo Estados Unidos y Gran Bretaña, sino también las demás potencias están empeñadas en asegurarse una parte del riquísimo botín de petróleo que estará disponible después de la liquidación de Sadam Husein. Este, en desesperado afán de salvarse, está otorgando leoninas concesiones a grandes empresas petroleras de Francia, Italia, España y Rusia, mientras las norteamericanas e inglesas observan con rabia impotente. Con ello, el dictador iraquí trata de dividir a sus enemigos pero seguramente no logrará salvar su

pellejo: una vez satisfechos, los europeos continentales no tardarán en unirse al pelotón de ejecución internacional, comandado por las potencias anglosajonas.

Traspaso del mando en China

Se celebró en Beijing el XVI Congreso quinquenal del Partido Comunista Chino. Conforme a lo previsto, se ha efectuado la transmisión del mando partidista y nacional de la cuarta a la quinta "generación" política: la primera fue la de Mao, la segunda, la de Deng, la tercera estuvo representada por Jiang y ahora éste cede la jefatura a un equipo encabezado por Hu Jintao, de 59 años de edad. Pero aunque el señor Hu desempeñará la secretaría general del partido y, a partir del año 2003, también la presidencia de la República, Jiang Zemin conservará la presidencia de la Comisión Militar (es decir, el control de las fuerzas armadas) y de este modo seguirá ejerciendo una influencia considerable.

Pero lo más interesante es el resultado de las deliberaciones objetivas. Se ratificó el mantenimiento del sistema de partido único y el principio doctrinario del socialismo con características chinas, plasmado en una economía de mercado regulada y orientada con criterio socialista. Por otra parte, se amplió el carácter pluriclasista del PCCh: partiendo de sus bases obrero-campesinas originales, ya desde hace tiempo da creciente cabida a las capas medias, pero esta vez se fue aún más lejos, invitando a militar en sus filas también a representantes orgánicos (y no sólo individuales) de la burguesía empresarial nacional. Seguramente este ingreso del alto empresariado al partido oficial se traducirá en una futura evolución hacia un énfasis aún mayor en el rol protagónico de la iniciativa privada en China.

Demetrio Boersner

Dr. En Ciencias Políticas. Exembajador de Venezuela